Eugenio Montejo

Trópico Absoluto

Eugenio Montejo
TROPICO ABSOLUTO
Col. Delta Nº 10
Editado por Fundarte
Portada: Ana María Usach
Depósito Legal lf 82-1.553
Impreso por Cromotip
Caracas, Venezuela 1982

No vi a Manoa, no hallé sus torres en el aire,
ningún indicio de sus piedras.

Seguí el cortejo de sombras ilusorias
que dibujan sus mapas.
Crucé el río de los tigres
y el hervor del silencio en los pantanos.
Nada vi parecido a Manoa
ni a su leyenda.

Anduve absorto detrás del arco iris
que se curva hacia el sur y no se alcanza.
Manoa no estaba allí, quedaba a leguas de esos mundos,
—siempre más lejos.

Ya fatigado de buscarla me detengo,
¿qué me importa el hallazgo de sus torres?
Manoa no fue cantada como Troya
ni cayó en sitio
ni grabó sus paredes con hexámetros.
Manoa no es un lugar
sino un sentimiento.
A veces en un rostro, un paisaje, una calle
su sol de pronto resplandece.
Toda mujer que amamos se vuelve Manoa
sin darnos cuenta.
Manoa es la otra luz del horizonte,
quien sueña puede divisarla, va en camino,
pero quien ama ya llegó, ya vive en ella.

LUZ ANACONDA

Me envuelven los ávidos anillos
de esta luz anaconda.
Trepan en torno de mi exánime cuerpo
con denso vaho
de verdes materias sofocadas.
Sus lianas de cal van atando mis huesos,
ya no puedo moverme,
se me enrolla en la carne una agonía,
un impalpable furor que me atormenta.
En vano lucho tratando de zafarme,
en vano afronto su letal difumino,
siempre esta luz con parsimonia de anaconda
me acecha entre las piedras,
atraviesa los árboles, los ríos,
los hipnóticos ojos de las mujeres,
logra atraparme donde estoy y no me suelta.

EN LOS LLANOS

a Luis Alberto Crespo

En los llanos estuve,
tierra adentro, hacia el alba de soles salvajes,
donde la única montaña es uno mismo
o su caballo.

Donde la vida nos madruga
y hay que salir a galopar hasta alcanzarla,
aunque su rastro se pierda en lejanías
y crucemos a veces sin verla,
o quede atrás,
fija en un vuelo de lentos gavilanes.

En las vastas planicies estuve,
sin paredes, sin calles,
dejando que mi cuerpo se borrara en sus ríos
hasta no sentir manos, palabras, pertenencias,
sino espacio.

Nada traigo conmigo
(quien va a los llanos sabe que no puede traerse
nada que sobreviva en las ciudades)
salvo sensaciones,
asombros,
poesía
y la mirada recta de los hombres,
la mirada natal de aquellos horizontes
cortados a navaja.

HOMBRES SIN NIEVE

a Carlos Tortolero

Somos los hombres sin nieve
nacidos entre tormentas caniculares,
con las casas abiertas de par en par
y las retinas contraídas
frente al motín incesante de los colores.

Nuestra vida está escrita
por la mano del sol
en las mágicas hojas de la malanga.
Sobre estas tierras no ha nevado en muchos siglos,
esquiamos en la luna, desde lejos,
con largavistas,
sin helarnos la sangre.

Aquí el invierno nace de heladas subjetivas
lleno de ráfagas salvajes;
depende de una mujer que amamos y se aleja,
de sus cartas que no vendrán pero se aguardan;
nos azota de pronto en largas avenidas
cuando nos queman sus hielos impalpables.
Aquí el invierno puede llegar a cualquier hora,
no exige leños, frazadas, abrigos,
nos despoja los árboles,
y sin embargo cómo sabe caer bajo cero,
cómo nos hacen tiritar sus témpanos amargos.

MI PAIS EN UN MAPA ANTIGUO

Nunca mintieron las líneas del cartógrafo
al copiarnos su sueño.
Es cierto que muchos cauces de estos ríos
eran imaginarios,
nuestras montañas no llegan hasta el sur
ni el mar les roza, aunque lo intente,
sus contornos sentimentales.
Es otro el tamaño de las islas
bajo el tacto de sus colores.
Pero fue exacta siempre la piedad
y el fulgor de los ojos asombrados
ante la luz de las palmeras.
¿Qué importa el Orinoco más al norte
prolongado como un deseo,
o esa península con rostro de mujer
que casi habla?
Nunca mintieron: aquí estuvo Manoa
al fin del arco iris que nace en El Dorado
y más allá la infinita inocencia
de un paraíso
que valió todos los viajes de sus naves.
¿Qué otra verdad podemos reclamarles?
Esos mapas eran bellas cartas de amor,
tatuajes de navegantes,
páginas puras para decirnos que la vida
sólo es eterna en esta orilla del Atlántico.

EL TIGRE

Ya señorial, con su furor de tigre,
desconsolado ruge el sol de los trópicos,
esbelto, impávido, solemne,
enjaulado allá arriba,
yendo y viniendo con la vista fija
tras los barrotes de sus rayos.

Va marcando sus huellas en toda nuestra tierra,
sobre la orilla de los ríos,
la retráctil retina de los hombres,
en las palabras y los verdes silencios.

De casa en casa retumban sus rugidos,
parten las tejas, tensan los nudos
en la madera de los portones
hasta apagarse en los espejos solitarios.

Hablamos, pero es él quien elige nuestras voces,
nunca da tregua,
clava su zarpa entre la carne,
tratamos de espantarlo en sueño y en vigilia
y cuando muere alguno de nosotros
colocamos un cuchillo en su tumba,
ahumados lentes sobre los ojos
y el látigo de los domadores temerarios.

MIS MAYORES

a Alberto Patiño

Mis mayores me dieron la voz verde
y el límpido silencio que se esparce
allá en los pastos del lago Tacarigua.
Ellos van a caballo por las haciendas.
Hace calor. Yo soy el horizonte
de ese paisaje adonde se encaminan.

Oigo los sones de sus roncas guitarras
cuando cruzan el polvo y recorren mi sangre
a través de un amargo perfume de jobos.
Bajo mi carne se ven unos a otros
tan nítidos que puedo contemplarlos.
Y si hablo solo, son ellos quienes hablan
en las gavillas de sus cañamelares.
Hace calor. Yo soy el muro tenso
donde está fija su hilera de retratos.

Mis mayores van y vienen por mi cuerpo,
son un aire sin aire que sopla del lago,
un galope de sombras que desciende
y se borra en lejanas sementeras.
Por donde voy llevo la forma del vacío
que los reúne en otro espacio, en otro tiempo.
Hace calor. Hace el verde calor que en mí los junta.
Yo soy el campo donde están enterrados.

Palmares azules y blancos,
nítido sol marino a orilla de la costa,
viento yodado, cuerpos desnudos, oleajes.
Estoy contemplando esta tierra como si la viese
(por primera vez
o fuese a dejarla.
Me aferro a ella, celebro su antiguo deseo
en cada roca, en cada pequeño guijarro.
Es el mismo paisaje modulando las voces
tantas veces oídas en ciudades y aldeas,
el mismo sol que ardía
en las absortas retinas de mis padres.
Ya no sé si la veo desde otro mundo
y vago ausente ahora
a través de los aires soñando.
Esta luz me compendia la vida y la muerte
en un haz de flotantes colores
que mi silencio me dibuia en palabras.
En esta luz la falsa perla del truhán,
la negra de turbante que se santigua,
los harapos del niño buhonero,
el alcatraz, la cigarra, el bochorno de las marismas,
se me despliegan en un vasto arco iris
donde la magia del trópico absoluto
crece en un grito al fondo de mi sangre.

Yo seré tu poeta, luz de la palma,
me envolveré en los altos esfuminos
de tu vaivén frente a las costas
hasta que las retinas se me sequen
como dos gritos de una misma cigarra.

A tu lado, levitando en el viento,
voy a dar testimonio del pájaro que canta
en follajes de iris,
del sol que cubre tu talle de colores
y te adelgaza
como la cúpula de una choza makiritare.

Seré el último poeta de la raza
que en la magia caribe
te sigue de horizonte en horizonte,
hasta que en mis palabras crezca el coro marino
donde se eleva tu grito más azul
sin que lo alcance el rencor de las ciudades.

CANCION

Cada cuerpo con su deseo
y el mar al frente.
Cada lecho con su naufragio
y los barcos al horizonte.

Estoy cantando la vieja canción
que no tiene palabras.
Cada cuerpo junto a otro cuerpo,
cada espejo temblando en la sombra
y las nubes errantes.

Estoy tocando la antigua guitarra
con que los amantes se duermen.
Cada ventana en sus helechos,
cada cuerpo desnudo en su noche
y el mar al fondo, inalcanzable.

AMO ESTE SOL

Amo este sol y esta tierra de palmas tensas
y abigarrados colores.
Voy arando en el buey de ojos amargos,
no concluyo en la materia de mi cuerpo,
nada me aparta de este paisaje.

Subo en las alas del pájaro que vuela,
me oigo cantar en él más allá de la muerte
a través de un profundo silencio.
El pantano tan negro de estas horas
es mi pantano,
cualquier hombre que llora tiene mis lágrimas,
en cada crimen de esta ciudad dejo mis huellas,
soy el asesino y la víctima
y a veces algo entre los dos,
algo que tiembla en la hoja del cuchillo.

Casa por casa el viento me reparte,
me reconozco en el rumor de los caminos
y en las palabras que pueblan la calle.
Vivo tan distante de mi sombra
como puedo,
a leguas de mí mismo.
El verdadero mármol de mi estatua anda disperso
y ni siquiera es mármol sino savia
que se derrama en el verdor de estos palmares.

MURAL ESCRITO POR EL VIENTO

a Jesús Sanoja Hernández

Adora a tu ciudad, pero no mucho tiempo,
olvida el tacto de sus piedras,
sé gentil a tu paso y prosigue de largo,
no proyectes quedarte entre sus muros.
hasta fundirte en el paisaje.
Una ciudad no es fiel a un río ni a un árbol,
mucho menos a un hombre.

Quien amó una ciudad solamente en la tierra,
casa por casa, bajo soles o lluvias
y fue por años tatuándola en sus ojos,
sabe cómo engañan de pronto sus colinas,
cómo se tornan crueles esas tardes doradas
que tanto nos seducen.

Las ciudades se prometen al que llega
pero no aman a nadie.
Cuando se ven por la ventana de un avión
todas atraen
con sus cumbres azules
y largos bulevares rumorosos,
pero al tiempo son sombras amargas.
Sus edificios nos vuelven solitarios,
sus cementerios están llenos de suicidas
que no dejaron ni una carta.
Por eso el río pasa y no vuelve,
por eso el árbol que crece a sus orillas
elige siempre la madera más leve
y termina de barco.

LA DURMIENTE

La que amo duerme lejos, en otro país,
en otro mundo,
aunque su cuerpo al lado me acompaña.
Cierra los ojos y desaparece,
se va, la noche me la niega,
no hay aviones que lleguen adonde se dirige,
ninguna palabra me borra su silencio.
La que amo ya no se ve en el horizonte,
palpo sus manos, sus pies y no la alcanzo,
cruza la sombra y se me pierde...
Su cuerpo está conmigo pero adentro no hay nadie,
es una casa sola,
una casa olvidada, desierta,
y no obstante en el fondo, si me asomo,
una llama dorada titila
y nunca se apaga.

OTOÑO EN EL SUR

a José Bianco

Este lánguido fuego del otoño en el sur
ya por el norte se aviva en primavera.
Este viento de pampa que retira las hojas
de la luz,
allá las abre nuevamente verdes.
Contrario gira el tiempo
entre los hombres y las cosas,
sin que sepamos a qué hora trae la vida
o la muerte,
qué de nosotros se aleja en los solsticios,
qué se queda.
Desnudos árboles se ven hablando solos
en una niebla de lentas vaharadas,
mientras al otro polo el sol palpita
entre los cuerpos de cálidas mujeres.
Yo que vengo de lejos
contento seguiría los pájaros que emigran,
las rosas que se van
a nacer en jardines soleados. . .
Pero en mi sangre crece un deseo antípoda
que se aferra a las últimas brasas
del otoño en el sur,
desesperado en estas pampas inclementes,
a ver si las horas se me cambian
y por vejez me otorgan juventud
cuando la vida me lleve en otra vuelta.

UNA PALMA

a Ramón Palomares

Lo que yo miro
en una palma
no es hoja ni viento,
ni la cariátide salvaje
donde sube el color
a otear los horizontes.
No es el rencor amargo
de las rocas
ni las guitarras verdes
del mar inconsolable.
Algo de mis huesos, no sé,
de la sangre que gota a gota
y hombre a hombre
viene rodando desde siglos
a poblarme.
Algo también de mis amados muertos,
de sus voces,
que gira en su columna
y me añade a los aires.
Lo que yo toco en ella
con mis ojos
y miro con mis manos
es la raíz que nos aferra
a esta tierra profunda
desde un sueño tan fuerte
que ningún vendaval
puede arrancarnos.

LA CUADRA

El tacto de la harina en las manos nocturnas,
nuestra humilde nieve natal
que Dios nos manda.

En la boca del horno
el fuego con su canto de gallo.

La noche cae más densa al fondo de la cuadra,
los panaderos con sus gorros níveos
van y vienen detrás de los tablones,
trabajan para el mundo que duerme.

Es el silencio blanco en la hora negra,
el termo de café,
los cuentos de lejanos burdeles;
puedo mirarlos adentro de las sombras,
sobre su piel se va adensando la blancura
y la piedad de los nevados árboles.

Antes que las palabras fue la cuadra mi vida,
hombres de gestos nítidos,
copos de levadura,
fraternidad de nuestra antigua sangre.
Los sigo viendo insomnes en la noche,
ya completan la carga de sus cestos,
rojea el horno apurándolos.
A un punto de la sombra todos se desvanecen,
casa por casa el pan se repartió,
la cuadra ahora está llena de libros,
son los mismos tablones alineados, mirándome,
gira el silencio blanco en la hora negra,
va a amanecer, escribo para el mundo que duerme,
la harina me recubre de sollozos las páginas.

EL PAIS MAS VERDE

a Antonio Rojas Bueno

Era el país más verde de la tierra,
tal se veía por mis anteojos.
Un verde hecho rumor sobre los pastos
de fragantes celajes.
Mirándolo hacia junio,
cuando llovía desde el fondo de las hojas,
cada hombre era un árbol a lo lejos,
de pie ante la feracidad del horizonte.
Pero más que color, el verde unánime
era un modo de ser, hablar, reconocernos.
Lo llevábamos tatuado en las pupilas
como un mapa de geografías inabarcables.
Podíamos verlo aun en la sequía
emergiendo del sueño o las palabras,
era el tono fraterno de nuestra soledad,
la saudade natal de los ausentes,
la vida que iba siempre delante del paisaje
con un boscoso silencio de caballos.

FORASTERO

a Francisco Rivera

No sé qué extraña lengua están hablando
en esta taberna.
Siento que las palabras me rodean
con sus rápidos saltos de peces
delante de mis ojos forasteros.
Puedo mirarlas en sus lentas burbujas
hasta que estallan en el aire.

Los periódicos parecen escritos
con huellas de pájaros.
Los saludos dibujan otros gestos,
en los percheros hay largos esqueletos
de dinosaurios.

Entre los hombres que juegan al billar
o charlan o dormitan,
tal vez alguno salió de los espejos
y en un instante volverá a disolverse.
Por estas tierras abundan los fantasmas.

Me he corrido de casa tantas leguas,
estoy a tantos meridianos,
que no comprendo ni el coro de las sombras
con que la noche baja a oscurecerme,
pero el ciervo de rostro disecado,
fijo en un muro con ojos de botella,
me grita que el mal es uno solo en todas partes,
usa el mismo cuchillo
y amenaza
por todos los caminos de la tierra.

POETA EXPOSITO

Me dejaron solo a la puerta del mundo,
poeta expósito cantándome a mí mismo,
un día de otoño, hace ya mucho tiempo.
De un golpe seco me arrancaron a la nada,
tronchado de raíz,
con dos ojos abiertos y un grito,
el hondo grito de quien soñó ser pájaro
y no trajo las alas para el vuelo.
Me fui rodeando del misterio terrestre
donde aún no sé si vivo o sueño,
si al fin la muerte vendrá en un torbellino
que me arroje mañana ante otra puerta.
No adivino mi origen, mi futuro,
aunque por sangre soy fiel a las palabras
y puedo jurar que cuanto escribo
proviene como yo de algo muy lejos.
Poeta expósito, errando a la intemperie,
mi único padre es el deseo
y mi madre la angustia del huérfano en la tierra.

LAMENTO DE PAISAJES

¿De qué paisajes hablo, de cuáles ríos?
Vivo envuelto en asfalto de estas calles,
mis ojos se fatigan de mirar edificios.

El río es una vocal extraña en mis palabras,
temo que desaparezca.
Me he habituado a nombrarlo sólo por metáfora.

La soledad de la línea recta
nivela mi casa, el cuarto, la ventana.
Las visiones rebotan en los muros,
estoy rodeado de piedras por todas partes.

Voy arrastrando a diario mi ciudad
como un asno su amarga carreta.
Avanzo. Dejo que crezcan las torres,
el humo, las paredes interminables.
Mi paisaje es el último grito,
ya muy lejos, de un gallo
que se borró de estas sordas madrugadas.

EL AVILA

El Avila sin nieve y tanto sol enfrente...
El calor de esta tierra tan lejos de los polos
y los hombres sentados a la puerta
charlando con palabras de colores.

El Avila sin nieve a lo largo del año
y nuestro deseo de esquiar sobre sus cumbres
en las horas de hielo
cubiertos con bufandas ultramarinas.

El Avila en la fotografía de nuestros padres,
nítidamente recto
detrás de su mirada, como una raya
de horizontes remotos, inalcanzables.

¿No será nieve esa lenta ceniza
que ahora cae de sus rostros?
Y ese frío que sentimos al verlos
entre los marcos clavados sobre el muro,
¿no es el invierno al que llegamos tarde?

NOSTALGIA COSMICA

Vuelve a mi noche esta nostalgia cósmica
que reúne en su esfera las casas caídas
junto a los altos planetas desterrados.
Tal vez sea ausencia, pero arriba, en el aire,
siento que van flotando lejos
con el claror de sus ventanas encendidas
en torno de la tierra.

Es la nostalgia de no acercarme a cada puerta
y ver a quienes conversan tras los muros
aunque distinga sus voces por los ecos.

La cruel nostalgia de no mudar mi peso en aire
y desprenderme,
de no subir hasta el azul donde gravitan
para charlar ahora un largo rato
después de tanto tiempo.

Abajo quedan los escombros,
sus techos alzaron las alas,
se llevaron maderas, columnas, platerías,
los materos con muérdago del patio,
la risa de una mujer en los espejos.

Vuelve esta noche de sentimientos siderales
con su nostalgia de casas caídas
en el silencio de su límpida esfera.
No sé hacia dónde, de par en par, errantes
las veo flotar ante mis ojos,
a la deriva, consteladas, suspensas,
una tras otra sin que ya nada las alcance,
hasta que se extinguen las últimas lámparas
y sus remotos habitantes se duermen.

LA NOCHE

La noche despacio se reúne
en mi cuerpo de árbol.
Estoy insomne, inmóvil,
mientras las frías estrellas de la niebla
caen en mis manos
con una luz que ya no tiene patria.
El silencio de estas hojas me recorre
con su sangre más verde.
Ninguna brisa llega a mover una palabra,
ningún gallo despierta.
Apenas oigo aletear mi pensamiento
allá en la sombra de sus cálidos nidos
de tanto en tanto.

SI VUELVO ALGUNA VEZ

Si vuelvo alguna vez
será por el canto de los pájaros.
No por los árboles que han de partir conmigo
o irán después a visitarme en el otoño,
ni por los ríos que, bajo tierra,
siguen hablándonos con sus voces más nítidas.
Si al fin regreso corpóreo o incorpóreo,
levitando en mí mismo,
aunque ya nada logre oir desde la ausencia,
sé que mi voz se hallará al lado de sus coros
y volveré, si he de volver, por ellos,
lo que fue vida en mí no cesará de celebrarse,
habitaré el más inocente de sus cantos.

POETA DE 40 AÑOS

a Daniel Labarca

Cuarenta pasos ya abren un sendero
y cuarenta años más de media vida,
lo que resta es el giro redondo del tiempo
al ciego albur de los seis horizontes.
¿Tiene una edad la poesía?
¿Se arrugan las vocales como la piel,
encanecen los sustantivos?
Hasta los cuarenta no se sabe
que todos los colores son verdes,
que las palabras son máscaras caídas
en pozos de silencio.
Después llega el otoño
pero sus oros ya nunca nos apartan
de tan terrible descubrimiento.

DOS CIUDADES

De dos ciudades que yo tuve un día,
leves, azules, transparentes,
no me queda ninguna.

De tantas idas y venidas
recorriendo despacio sus calles,
sólo retengo los ecos del estruendo
cuando cayeron adobe por adobe,
casa por casa.

Una se alzaba delante de mis ojos,
la otra en mi sangre o más adentro,
ambas llenas de música,
siempre paralelas;
donde vi dos árboles todos vieron uno,
dos veces las perdí,
fue doble mi destierro.

Anduve por años yendo de una a otra
como un lento río
tatuando mi rumor bajo sus puentes,
hasta que sus rastros
ya dentro de mí mismo se extinguieron
y sólo me queda su noche que cae,
que sigue cayendo,
mientras deambulo ahora solitario,
proscrito de las dos, en la tierra de nadie.

PRACTICA DEL MUNDO

Escribe claro, Dios no tiene anteojos.
No traduzcas tu música profunda
a números y claves,
las palabras nacen por el tacto.
El mar que ves corre delante de sus olas,
¿para qué has de alcanzarlo?
Escúchalo en el coro de las palmas.
Lo que es visible en la flor, en la mujer,
reposa en lo invisible,
lo que gira en los astros quiere detenerse.
Prefiere tu silencio y déjate rodar,
la teoría de la piedra es la más práctica.
Relata el sueño de tu vida
con las lentas vocales de las nubes
que van y vienen dibujando el mundo
sin añadir ni una línea más de sombra
a su misterio natural.

VALENCIA

Valencia de sol árabe con sus calles tan rectas
donde corren los vientos ultramarinos,
y su línea de largos caserones
que, sin llamar, desde lejos se me abren.

Valencia que yo podría reconocer
a ciegas, por el tacto,
como un árbol atónito de otoño
a su hojarasca.

Ciudad en un cofre de melancolías
donde mi corazón iba a nacer
y llegó tarde.

Adentro, en alguna de estas piedras
quedó mi juventud
y me fui por el mundo.
Ya no sé cuándo, un día
fueron distintas nuestras sendas,
a poco andar me hallé desnudo,
volqué en la tierra el saco de mi sombra,
cayeron pétalos y páginas, cosas, fotografías,
pero ni un eco de sus voces,
ninguna letra de mis viejos cuadernos.

En esta ciudad, junto a algún muro
donde el tiempo es un vaho de café
que se propaga en vaharadas densas,
en alguna casa del color de la lluvia
tal vez yace dormida mi juventud solitaria.

¿Sabrá que estoy insomne esta noche, de paso?
¿Despertará un momento para verme
o será ahora mi máscara, mi doble,
que se oculta en la sombra para observarme?

Valencia tan recta a la mirada,
tan esquiva en sus soles amargos,
¿por qué no curva sus calles un poco
y me acerca el rumor de su río
hasta la almohada donde duermo
para sacar del fondo de sus piedras
mi sueño de otros años?

LOS ALMENDRONES

a Felipe Herrera Vial

Cuando ya es noche,
dentro del bar que se abre a la avenida
y la tribulación feroz
de pregones y taxis,
atormentado con las primeras sombras
los viejos almendrones, llenos de tordos,
cuidan sus cantos.
Se ven de pie en el patio, nada los mueve,
dan el calor innato de un hotel de montaña
donde no faltan muebles, lámparas, espejos
para el viajero venido de los aires. . .

Al comienzo hay una densa algarabía
sobre las copas, pero llega una hora,
una campanada de silencio
en que los silbos lentamente se apagan.
Ya no queda ni un grito, un aleteo,
ya cada hombre en sí mismo reconoce
a otro almendrón más en la noche,
poblado de coros profundos que duermen
como cantos no oídos de otro mundo
que dentro de su corazón buscan el alba.

YO TAMBIEN SOY ORINOCO

a Manuel Alfredo Rodríguez

Yo también soy Orinoco,
ha poblado mis venas su rumor milenario,
por donde viajo llevo su extenso horizonte
doblado en mis valijas,
lo despliego en remotas aduanas.

Puedo dormir muy lejos
pero al soñar me reconozco
el más fraterno de todos sus guijarros.
Se mezcla en mi sangre su caudal inmenso,
ahora mismo escribiendo distingo
nítidamente su oleaje en mis palabras.

El sentimiento de estar en el mundo
siempre de paso,
de irme rodando en los días y las horas
sin pedir una gota de más o de menos,
se lo debo a sus ondas,
a sus barcos que me enseñaron a partir
sin importarme el puerto adonde llegue.

Hay tonos ocultos en mis voces,
colores, guitarras, soleadas lejanías
que para siempre me fijan a su cauce.
Hay gestos de verdes celajes selváticos
que mi vida tomó de los bosques
crecidos al sol de sus riberas.

Lo siento olear adentro y fuera de mis ojos,
detrás, al lado,
abro la ventana para verlo pasar
en cada cuerpo,
en cada rostro que cruza la calle.
De tanto seguirlo me confundo con él,
yo también soy Orinoco,
—escribo para serlo,
y lo que he amado quedará entre sus márgenes
tatuado en alguna de sus piedras,
cuando en sus hombros me lleve al fin un día,
horizontal, envuelto en el sueño del agua.

Déjame que te ame mientras gire la tierra
y los astros inclinen sus cráneos azules
sobre la rosa de los vientos.
Flotando, a bordo de este día
en que al azar, por un instante,
despertamos tan cerca.
Pude vivir en otro reino, en otro mundo,
a muchas leguas de tus manos, de tu risa,
en un planeta remoto, inalcanzable.
Pude nacer hace ya siglos
cuando en nada existías
y en mis angustias de horizonte
adivinarte en sueños de futuro,
pero mis huesos a esta hora
ya serían árboles o piedras.
No fue ayer ni mañana, en otro tiempo,
en otro espacio,
ni ocurrirá ya nunca
aunque la eternidad cargue sus dados
a favor de mi suerte.
Déjame que te ame mientras la tierra siga
gravitando al compás de sus astros
y en cada minuto nos asombre
este frágil milagro de estar vivo.
No me abandones hasta que ella se detenga.

La iguana, nuestra pobre gorgona,
ya de rodillas delante del verano
despide al último verdor que se retira
de los bosques.
Otro yermo semestre despunta al frente de sus ojos,
otro corno comienza su cantata amarilla
sobre los ríos decapitados.
Todo va a arder ahora con el rumor de la cigarra,
los poemas que no llegamos a escribir,
las gavillas batiéndose en el viento
y la visión de una mujer con pañolones
que sonrió al alejarse.
De peldaño en peldaño ruedan las hojas
hacia el fuego,
y quizás ella misma,
desamparada, nuestra pobre gorgona,
cuando la lluvia retorne a pasos verdes
ya estará lejos,
gorgoteando sobre un muro vacío
sus sollozos de gárgola.

El año ochenta de mi vida está tan lejos
como la hora en que nací.
A la distancia se borran sus relojes,
pero esta noche abro la casa a mis amigos,
quiero que vengan todos
para que a mi lado lo celebren.

Sólo mis biógrafos pueden ser exactos
con lupas tenebrosas,
y aunque su astucia mañana me corrija,
doblo mi edad sobre su horóscopo
y me anticipo al sol futuro.
Es lo mejor: los dioses son avaros,
no sé cuánto me quede.

En esta noche de pronto me envejezco,
tal vez sobre mis sienes no ha nevado,
soy de un país sin nieve.
La vida entre mis huesos rodó tanto
que no pesa,
la edad me hizo liviano,
me fui poblando de vacío
sin llegar a ser sabio,
—son pocos años mis ochenta.

Sólo las crueles lupas de mis biógrafos
restituirán las cifras de los días
hasta fijar la cantidad de sombra
en sus cuadrantes de ceniza
insobornables a todos mis deseos.

Apaga los incendios azules
de tus motores sonámbulos,
el odio mecánico del día,
la barahúnda feroz de la chatarra.

Duerme al árbol que nos atestigua,
al gallo en el filo de su canto,
adormécelo todo ahora que oscurece
y haz que duerma yo mismo,
que me desvelo mirando en cada calle
un oscuro cuchillo
y en el cuchillo un grito
y en ese grito una mancha de sangre.

LAS PIEDRAS AL ACECHO

Las piedras al acecho día tras día
se apilan en los muros con tacto de cangrejo.
Saltan, ganan terreno, son rápidas, exactas,
llegan de remotas canteras, no tienen piedad, no tienen música,
erigen columnas, apartan los árboles del mundo,
van estrechando su cerco a nuestros ojos,
nos amurallan con rectos edificios.

Las manos de las madres están llenas de cal amarga,
tiene ojeras de claustro la mirada del hijo;
las piedras hacen el amor en nuestro lecho,
se sientan a la mesa, nos devoran el pan,
engordan, consolidan vastos sitios de sombra,
borran el eco de nuestras voces solitarias.

Están allí, siempre más cerca, más invictas,
no nos movemos, pueden entrar en nuestro cuerpo,
contemplamos su sólido avance, no las desafiamos,
nos domina el terror de que ataquen en sueño,
pueden desalojarnos de los huesos y la carne,
hurtarnos las palabras, la memoria, el deseo
y convertirnos en pálidas estatuas.

REPLICA NOCTURNA

No escribiré más por esta noche,
el silencio, las sombras,
cubren mis voces de ceniza y recuerdo.
Las campanas de pronto son lobos,
cada palabra se torna un cuchillo
y me mancha de sangre las manos.
Además, esta lámpara vieja
miente demasiado.

Ya no será esta noche. Voy a llenar mis ojos
de ebrios asombros matutinos.
Me aturde el ruido insomne de los taxis
cuando bajan por los suburbios,
los pájaros que se convierten en estrellas
pero no cantan.
Voy a mezclarme en el sueño del mundo
hasta que el alba llegue a orear las letras
de mi cuaderno sonámbulo.
Esta lámpara vuelve a los muertos mariposas
y sus monólogos de vidrio
cruzan los siglos y me cortan el habla.

EN ESTA CIUDAD

En esta ciudad soy una piedra;
me he plegado a sus muros seriales, opresivos,
de silencios geométricos.

No me puedo mover, se cae mi casa,
uno tras otro se derrumban
los edificios hasta el horizonte.

Al fondo de la piedra soy un lagarto,
en el lagarto una raya amarilla,
mancha del tiempo.

No puedo hablar, la lengua se me traba;
Orfeo el tartamudo es mi vecino,
oigo su tos nocturna,
reconozco el ladrido de su perro.

Soy una piedra atada a esta ciudad,
un lagarto en sus grietas,
una raya en su espalda ya muy tenue.

Giran los días y permanezco inmóvil,
todavía escucho latir el corazón,
tenaz, a la velocidad de la materia,
y hasta la arena que cae de la memoria,
pero ya sólo siento que no siento.

DOS CUERPOS

Cuántas veces a tientas, en la noche,
sueñan dos cuerpos fundirse en uno solo
sin saber que al final son tres o cuatro.
Ocurre siempre ante el desnudo de la carne
y su ávido misterio:
de pronto un ojo extraño se abre en las almohadas,
cruzan labios volando por la niebla,
surgen intempestivas voces
de olvidados amantes.
Los espejos protegen a esos duendes
interpuestos en los jadeos
y los susurros.
Nada delata en las alcobas
sus crueles usurpaciones sentimentales.
Solamente la luna
sabe qué manos verdaderas se acarician,
qué rostros ríen detrás de las máscaras
y quiénes envueltos en la sombra
con pasos furtivos se reencuentran.
Solamente la luna que es redonda,
lenitiva y amarga.

LUZ TACTIL

También en nuestros campos y poblados,
densos, espesos copos
de ardorosa luz táctil
caen sobre el día y nos tapian las puertas.
Es la nieve irreal de la canícula,
la anonadante masa de color
donde se atasca la carreta del pájaro.
También en nuestros campos quema un frío amarillo
y las piedras tiritan
sin otro abrigo que el clamor de las cigarras.
Los termómetros mienten en el vaho
para que los árboles no pierdan sus follajes;
nada dice el mercurio de esa helada invisible
donde se amontona tanta luz
y nos cubre las casas.
Es la envolvente nieve que no vemos
aunque luchemos con ella en las veredas
despejando a paladas sus capas
por montes y caminos,
mientras cae sin cesar hora tras hora
hasta volvernos largos témpanos mudos
en un blanco delirio de esquimales.

¿De qué madera estaba hecha
la mesa de mi casa,
los armarios, el mecedor,
el reloj que contaba de noche las horas
tan serio?
¿En cuál bosque talaron los árboles
al filo de la sierra,
divididos en tablas a nuestra dimensión,
claveteados con tantos sentimientos?
¿Qué unió a ellos mis gestos, mis voces,
esta miopía?

Una extraña materia de párpados mudos,
sometida a tensión, volumen, movimiento,
ha moldeado mi vida, mis palabras;
un bosque de cosas, tactos, sombras,
pervive en mi deseo.

Con una sola hormiga que faltara
en la fila de las paredes,
con un metro de más en la puerta,
un clavo de menos en la silla,
ya sería otro mi camino,
el horizonte más cóncavo o convexo.

Con un nudo distinto en la madera de la mesa
estaría unido a otra mujer;
viviría tal vez en Liverpool,
persiguiendo la luz de otro paisaje
más oblicuo o más recto.

¿Qué destino en la materia de las cosas
dejó en ellas la forma de mi vida
hasta fijarme en su pozo de ausencia?
¿Quién en sus muros grabó mi poesía,
antes de ser ésta mi casa,
para que las palabras se despierten
desde la quietud de los armarios,
las puertas, la alacena, el mecedor
y el reloj ya sin tiempo?

NUESTROS VIEJOS

Nuestros viejos a tientas en sus nieblas
se van desvaneciendo. Se nos vuelven piedras,
profundas piedras de aire.
Nos habitúan a su oquedad,
al silencio con que tanto nos hablan.

El tiempo desata sus nudos de sombra,
pero aun vacíos, siguen intactos,
podemos cruzar a través de sus cuerpos
como por leves cortinajes;
son árboles que van llenándose de olvido
en raídas cortezas.

A veces salimos ansiosos a buscarlos
en expediciones sentimentales,
pero sólo encontramos susurros a lo lejos,
clamores de la lluvia
y esas huellas que dejan a su paso,
esas huellas a cada sol más desvaídas
de aéreos dinosaurios.

LA CALLE DE LOS COLORES

Pasan cuerpos azules, verdes, rojos
por la calle de los colores.
Son flotantes fragmentos de ciudad
donde la luz se encarna melodiosa
al palpitante rumor de las aceras.
Se ven manos que vuelan por el aire
lejos del tacto de sus dueños,
ojos que saltan a otra cara, ebrias mujeres
corriendo ansiosas tras sus piernas,
senos morenos, cálidos, errantes
sobre tronchados torsos de Afrodita.
Pasa el tumulto de la humana materia.
Nadie al andar se pertenece;
la calle de los colores está llena de música;
quien camina por ella no siente su cuerpo
sino un ritmo, un celaje veloz de la ciudad
que propaga sin tregua las ondas del deseo
y su salvaje geometría.

El Chama es ancho, de menudas piedras
y profundo paisaje.
Fue navegable tal vez en otro siglo,
hoy su caudal declina en lentas vueltas.
Sus barcos, a la distancia que se miren,
son imaginarios.

Quien baja de los Andes halla un largo puente
de horizonte a horizonte
que lo cruza entre vigas de hierro.
Y halla la sensación del que contempla
la redondez del tiempo y su angustia infinita
tan honda en la materia de los ríos.
Pero hay un punto en el oleaje
donde su curso de pronto va más suelto,
no tiene puente, anda salvaje todavía,
los viajeros quedamos varados en la orilla,
jugando a las cartas.

Es otro Chama invisible en la corriente
que llegaba en crecidas tumultuosas,
es otra edad,
su rumor es el mismo y no es el mismo,
quien nunca lo cruzó ya no lo alcanza.
Anda en el sueño de aquellos camioneros
que jugaban conmigo hasta que decrecía
su torrentera de furias invernales.
Pero ya nadie en este cauce lo divisa.
Se nos borró en algún truco de baraja.

La tarde que me vio cruzar el Tajo,
la que doraba el agua al paso del navío,
tiene diez años más
y yo diez menos.
Hacia un lado Lisboa de rectas casas,
al otro su recuerdo.
Y detrás los paisajes que he visto o que me esperan,
la rotación de lentas nubes,
todo el color que en sus aires nacía
y que sigue a mi lado creciendo. . .
La tarde quedó fija en un álbum
con mi sombra en los muelles,
tal como la vi sobre las aguas,
pero afuera prosigue,
van cambiando gaviotas y silbatos,
otras mujeres cruzan la Rua d'Ouro
mientras el Tajo renueva su corriente.
Diez años llevo sin saber nada de sus nubes,
nunca volví, deseché el mar para mis viajes,
ya no sé si Lisboa se encuentra allí,
tal vez ella era un barco.

ESTA TIERRA

Esta tierra jamás ha sido nuestra,
tampoco fue de quienes yacen en sus campos
ni será de quien venga.
Hace mucho palpamos su paisaje
con un llanto de expósitos
abandonados por antiguas carabelas.

Esta tierra de tórridas llanuras
llevamos siglos habitándola y no nos pertenece.
Quienes antes la amaron ya sabían
que no basta pagarla con la vida
o fundar casa en sus montes
para un día merecerla.
Y sin embargo hasta el final permanecieron,
nunca desearon otra visión para sus ojos
ni otro solar para su muerte.
En ella están dormidos y hablan a solas,
a veces se oyen,
alzan sus voces en medio del follaje
y el viento las dispersa.

No serán nuestros sus vastos horizontes,
ninguna gota de sus ríos,
ni de quienes la pueblen después,
fue ajena siempre en cada piedra,
en cada árbol.
Demasiado verde son los bosques
de sus espacios sin nieve.
Sus colores desnudan las palabras;
en nuestras charlas siempre se delatan
sonidos forasteros.

Esta tierra feraz, sentimental, amarga,
que no se deja poseer,
no será de nosotros ni de nadie
pero hasta en la sombra le pertenecemos.
Ya nuestros cuerpos son palmas de sus costas,
aferrados a indómitas raíces,
que no verá nunca partir
aunque retornen del mar las carabelas.

UNA CASA

Una vez había
una casa en la tierra,
llena de noche dentro
y por fuera de nubes.

Fluía por su ventana
un nítido paisaje.
La gentileza de los árboles
hasta el horizonte.

Y sobre su techumbre
las músicas errantes,
la compasiva melodía
de las estrellas.

Y más allá el azul
de otras galaxias y otras
hasta el fin de los números.
Algo después de algo,
siempre más lejos.

La casa era en la tierra,
la tierra en la Vía Láctea
y el tiempo en el espacio
o viceversa.

Al fondo de sus muros
sólo un grito de gallo
resonaba en las cosas
cuando ya nadie era nadie.
Más allá de ese grito, la sombra,
detrás de la sombra, la ausencia.

Y sin embargo, alerta,
clareando la esperanza
de algún cuerpo dormido,
una vela ardía,
ardía una vela.

EL ANDARIEGO

Es mi cuerpo el que va y vuelve,
yo permanezco quieto entre los árboles.
Aquel puente del Sena
en el alba de un pálido otoño
o las gaviotas en los muelles de Amsterdam
son otros sueños de mis ojos
para ver mundo lejos en sus barcos.
Nunca pude alejarme: fue mi cuerpo
en sus andanzas de colores
el que salió a recorrer los horizontes.
Me quedé solo dentro de estos muros
con mi corazón aferrado al silencio
de sus piedras.
Siempre esta luz de soledades verdes
me fue fijando de raíz,
no logré dar un paso.
Es mi cuerpo andariego el que se ausenta,
sale en avión, a nado o a caballo;
debo atar sus valijas,
despedirlo en andenes y aeropuertos.
De tanto errar, hasta su sombra me es extraña,
ya no quiero que vuelva.
Esta tierra trata mal al forastero,
sobre todo su río nos envejece,
son terribles sus lares.
Sé que ya no leerá lo que ahora escribo,
va con mi nombre por otro continente...
Y sin embargo,
¿cómo probar que nunca yo me he ido,
que él no me aguarda quieto entre los árboles?

TORNAVIAJE

Cuando me vaya de la tierra dormido
todos mis poemas volarán por el aire...
La sangre escrita de mis noches en vela,
el frágil cuerpo donde me resguardo
y los sueños hurtados a los días
también se irán conmigo en el gran viaje.
Me llevaré la calle donde vivo
y esta ciudad amada piedra a piedra,
llena de autos feroces
hechos para velocidades invisibles.
Uno tras otro me seguirán los libros
en su fila de errante peregrinaje
con letras verdes, rojas, amarillas.
A través de las nubes, gravitando
en sus blancos molinos inocentes
retornaré al lugar donde me hallaba
antes de haber nacido.
Ya no hablaré sino el idioma de los pájaros.
Todos mis poemas volarán por el aire.

Dame tu mano, mezclemos nuestros ríos
hasta la última gota,
atravesemos juntos los raudos hontanares.

Un cauce basta para cruzar el mundo,
una sola corriente se lleva los navíos,
atemos nuestras sombras,
anudemos el sueño, las palabras.

Siempre al fin está el mar pero no importa,
no nos apartemos,
son tan largas las noches de la tierra
que nadie sabe si amanece
cuando marcha solo.

Dentro de un mismo amor caben dos cuerpos,
detrás del horizonte se dibuja otra raya,
dame tu mano, juntemos gota a gota
el liviano rumor de nuestros ríos
hasta que sus lechos enlazados se extingan
sobre estos ventosos arenales.

Siento sus manos noche y día
a sol y sombra en mi carne, trabajando.
A través del sueño o la vigilia
nivela, ajusta, no me abandona,
martilla despacio, intensamente
con los golpes exactos.

Graba en mis palabras su silencio,
se vale de los pájaros, de un río
al modularme las voces,
cambia mi cuerpo con las horas,
muda las nubes de mi deseo
y a cada instante de nuevo recomienza,
no se detiene.

Del fondo de mi madre o más lejos
tenaz me acompaña.
Se inclina sobre mi corazón,
lo reconozco en sus latidos solitarios,
ahora mismo algo trae, algo lleva,
siento sus golpes intensos todavía
pero no sé quién quiere que yo sea,
su afán no ha terminado.

VIEJA FOTOGRAFIA

La calle en piedra y polvo da a un sol que ya no vuelve.
Bordeando el amarillo marca su sombra
una herrumbrosa rueda de carreta.
Hay dos mujeres en la esquina izquierda
de espaldas a la cámara
con largas batas opalinas.
Ya no puede saberse qué hablan.
Las casas aprietan sus adobes para no caer
pero se caen
al fondo de palabras que nadie oye.
Se ve un par de caballos
que van tirando juntos un tranvía
fuera de foto, tal vez hacia otro siglo.
En ese instante sellado para siempre
nada más cabe, gira o se modifica,
salvo el ojo del viejo fotógrafo
que salta de su lente —¡click!
y grita perplejo en nuestros párpados.

MAS CERCA DE LAS NUBES

Las que despiertan al paso del avión
nos llaman a sus islas. Otras, sin vernos,
conversan lejos con livianos susurros
y alzan volutas al fondo de la niebla.
Las hay con rostros de madonas tejiendo sus encajes,
las hay desnudas, de errantes cabelleras,
ninfas en ríos de aire.
Algunas tañen un laúd sin cuerdas,
algunas leen a Ovidio o se demoran
frente al silencio de un espejo, contemplándose.
Leves, absortas, compasivas,
¡son tantas!
Nuestro vuelo atraviesa su país serenísimo,
ya no importa llegar adonde vamos,
el azul de sus ojos anestesia el deseo,
decimos adiós por cortesía
pero sólo queremos que no acabe el viaje.

LA TORRE DEL ARBOL

a Juan Sánchez Peláez

Verde es la torre del árbol
y rumorosa su muralla.
El viento sabe que nunca vencerá,
las nubes caen del puente levadizo,
el sol sitia los muros, pero no pasa.
Verde es la fuerza de su torre
y en la tierra imbatible se erige
de la raíz a las altas almenas.
Ya en la noche se apagan los nidos
y afuera el ojo del gorrión
leyendo su *Hamlet*
sin distraerse cuida el horizonte,
meditando la historia del Príncipe
hasta el último acto.

LAS SOMBRAS

Ya las sombras esconden el mundo
detrás de altísimas paredes.
Rápidos pasos cruzan las avenidas
llenos de gestos serios
y automáticas soledades.
Adormecidos edificios
hunden sus cuellos de flamencos
debajo de las alas.
Es la hora del periódico nocturno,
cuando los hombres detrás de sus anteojos
releen meticulosamente un obituario.
La hora en que las estatuas se sientan
a conversar a solas
y los sapos imitan el tono de sus voces.
Sobre la mesa todavía mi lámpara
con ojos de naranja parpadea,
en vela, fatigada de nuestro largo insomnio.
Es la última que tarda en apagarse.
No la puedo tocar: quema de furia
o campasión por mí, por este afán inútil
de invocar a su lado las palabras.
Añosos árboles de barba crecida
van dando vueltas en los patios
como presidiarios inocentes.
No sé por qué ni para quién
sigo escribiendo.
Ya mi mano también es una sombra
y letra a letra me tapia entre murallas.

FINAL PROVISORIO

Ya yo fui Eugenio Montejo,
poeta sin río con un nombre sin equis,
atormentado transeúnte
en esta ciudad llena de autos.

El silencio de las cosas azules
que se desprenden en esferas nítidas
tomó el lugar de mis palabras.

Ya dibujé todas las nubes de mi espejo
en un mapa de muerte y deseo,
tuve dos, tres amores,
amé la noche de sus cuerpos,
oscureciéndome en cada mujer
detrás del sueño inalcanzable de sus astros.

Ya yo fui Eugenio Montejo,
el falso mago de bosques invisibles
que convertía en vocales verdes
la densa luz de mis árboles amigos.
Volveré a serlo un día, alguna vez, quién sabe...
Ahora deambulo contemplando las piedras
que se amontonan en altos edificios
zambullido en su atónito paisaje.
¡Qué más da! Los muros nos tapian el mundo
y el viento corre ya tan lejos
que cada palabra en esta hora
es sólo un roto papagayo
esperando un milagro final para elevarse.

INDICE

Manoa / 5
Luz anaconda / 6
En los llanos / 7
Hombres sin nieve / 8
Mi país en un mapa antiguo / 9
El tigre / 10
Mis mayores / 11
Trópico absoluto / 12
Luz de la palma / 13
Canción / 14
Amo este sol / 15
Mural escrito por el viento / 16
La durmiente / 17
Otoño en el sur / 18
Una palma / 19
La cuadra / 20
El país más verde / 21
Forastero / 22
Poeta expósito / 23
Lamento de paisajes / 24
El Avila / 25
Nostalgia cósmica / 26
La noche / 27
Si vuelvo alguna vez / 28
Poeta de 40 años / 29
Dos ciudades / 30
Práctica del mundo / 31
Valencia / 32
Los almendrones / 34
Yo también soy Orinoco / 35
Papiro amoroso / 37
La iguana / 38
Para mi 80º aniversario / 39
Nana para una ciudad anochecida / 41
Las piedras al acecho / 43
Réplica nocturna / 44
En esta ciudad / 45

Dos cuerpos / 46
Luz táctil / 47
Materias del destino / 48
Nuestros viejos / 50
La calle de los colores / 51
El río Chama / 52
Lisboa ya lejos / 53
Esta tierra / 54
Una casa / 56
El andariego / 58
Tornaviaje / 59
Dame tu mano / 60
Presencia / 61
Vieja fotografía / 62
Más cerca de las nubes / 63
La torre del árbol / 64
Las sombras / 65
Final provisorio / 66

EL PRESENTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 28 DE MAYO DE 1982, EN LOS TALLERES GRAFICOS DE CROMOTIP, CALLE EL LORO, QUINTA CRESPO, CARACAS.